

# Jesucristo, hoy

*Jorge Rodríguez*

“**J**esucristo es realidad múltiple: una personalidad histórica, fijada y crucificada en un lugar concreto; un símbolo universal; una utopía absoluta para este mundo; una afirmación del futuro actuando ya en la historia; alguien reconocido como la faz visible del Invisible y confesado como Hijo de Dios, en igualdad de poder, de vida y de naturaleza. Y como resultado de todas esas dimensiones un abismo de luminosidad, que a la vez fascina y sobrecoge a los mortales”. Con estas palabras, Olegario González de Cardedal dio inicio al curso *Jesucristo, hoy*, que se desarrolló en El Escorial del 3 al 7 de julio de este año, como parte de los cursos de verano organizados por la Universidad Complutense.

El curso se proponía contemplar esa compleja personalidad que ha hecho surgir el cristianismo, la Iglesia, la cultura que ha forjado a Occidente y ha ofrecido la salvación a todos los hombres. Las diversas ponencias querían detenerse en la significación universal y humana que tiene Jesucristo para la conciencia contemporánea. Para ello se dirigió la mirada a la cultura actual, se interrogó a las fuentes que nos permiten un conocimiento científico de la persona de Cristo y de su doctrina, se prestó atención a la interpretación que los creyentes han dado de El con palabras y obras y se midió su incidencia en el pensamiento filosófico, moral e histórico.

Según este proyecto, la conferencia de Cristóbal Sarriás, de la Universidad de Comillas, puso de relieve la presencia implícita o explícita de Cristo en la cultura contemporánea, que se manifiesta en la pintura con exponentes de la talla de Dalí, en la música joven, con obras como *Gospel* y *Jesucristo Superstar*; y en el mundo literario, sea en las “vidas de Jesús”, de autores como G. Papini y F. Mauriac, sea en la novela contemporánea, donde los escritores miran a Jesús desde la polémica, la inquietud existencial, o, simplemente, el sensacionalismo. El recorrido por esta abundante galería de autores y obras tenía que situar a los oyentes forzosamente ante la novela de Nikos Kazantzakis *La última tentación*, que Martin

Scorsese pasó al cine con muy discutible calidad artística y gratuitas adulteraciones de la obra del escritor griego. El cuadro de referencias de Sarriás dejaba claro que a Jesús de Nazaret no se le ve como a un personaje histórico que nos deja indiferentes, sino como alguien a quien hay que acercarse en busca de respuestas. Muchas veces, sin embargo, la cultura actual, reacia a la trascendencia, optará por una visión reductiva y hablará solamente del hombre Jesús.

Una segunda palabra sobre Cristo hoy, surgió de la fenomenología histórica. Juan Martín Velasco ofreció un estudio sobre el Fundador del cristianismo y su relación con los fundadores de otras religiones: el Hijo de Dios, alineado con Buda, Zarathustra, Mani y Mahoma, entre otros fundadores históricos de las grandes religiones. Sin embargo, aunque se den analogías fenomenológicas, la figura del Fundador del cristianismo supera a todos los demás y se coloca completamente en otro nivel. La relación de Jesús con Dios y con los hombres es única, sólo El exige que se le siga sin demora, pretende autoridad sobre la Ley y asegura que el Evangelio es su misma persona, afirmación inaudita que ningún otro hombre ha osado pronunciar. Por otro lado, mientras se mitifica a Mahoma y pululan sus apócrifos o mientras se diviniza a Buda en los Mahayana, los textos canónicos se complacen en subrayar la humanidad de Jesucristo. Frente a apariciones de dios en Vishnú, Rama o Krishna, el Verbo de Dios reivindica en la historia humana el más crudo realismo de la encarnación.

Fijada la incidencia actual y la existencia del cristianismo como religión históricamente fundada, surge la pregunta sobre la posibilidad científica de conocer a Cristo. No contando con fuentes directas se impone recurrir a las documentales. Ramón Trevijano recorrió ágilmente los testimonios documentales que poseemos sobre la persona de Cristo: fuentes paganas, judías y cristianas, tanto canónicas como apócrifas y gnósticas, sobre lo que se pensaba y decía de Jesús en los primeros años del cristianismo. En la discusión que siguió a la ponencia, Trevijano puso en evidencia su calidad de exegeta cuando, por ejemplo, insistió en que los evangelios de la infancia no se reducen a "imaginación" literaria, sino que reflejan honda preocupación teológica y, sobre todo, son datos de fe.

Si el historiador se encuentra impotente ante la afirmación de la divinidad de Cristo, sí puede al menos declarar la virtualidad humana e histórica del mensaje de aquel judío del siglo I llamado Jesús de Nazaret, en el que generaciones enteras siguen descubriendo el sentido de la existencia. Desentrañar el núcleo de este mensaje fue el

objetivo del estudio de Rafael Aguirre, exegeta de la Universidad de Deusto (Bilbao).

"La historia y misterio de Jesucristo reconocido como Hijo de Dios en la confesión cristiana" fue el tema asignado a José Ignacio González Faus. Como punto de partida asentó premisas como éstas: el encuentro con Dios no es cuestión de intelección, sino de conversión: primero se acepta a Jesús, y luego se le conoce; la teología debe ser más *intellectus amoris* que *intellectus fidei*; en lugar de la *analogia entis*, hay que usar la *analogia pauperis*; la verdad de la revelación se tendrá sólo al final de la historia; sólo entonces sabremos si resucitó Jesús. Tomando pie en algunos textos de Jon Sobrino, se propuso explicar lo que significa la expresión Hijo de Dios. La vida de Jesús, afirmó, nació en la ambigüedad, hasta que la resurrección puso de manifiesto que Dios se identificaba con la historia de un condenado. Para explicar la encarnación echó mano de la analogía de la generación humana. La humanidad de Jesús es para Dios lo que un hijo es para su padre. La comparación pareció reducir a una simple semejanza, por profunda que sea, lo que confesamos como identidad. En resumidas cuentas, más que saber qué hizo y dijo Jesús, nos interesa, según González Faus, saber qué haría y qué diría hoy, porque en sí toda la historia es divina y donde se ha visto al hermano se ha visto a Dios, ya que todos somos hijos de Dios. Ante la visión presentada por el conferenciante, como era de esperarse, no faltó quien de entre el público le pidiese que esclareciera mejor en qué radicaba la diferencia entre Cristo, Hijo de Dios, y nosotros, también hijos de Dios.

En representación del Centro Sévres, de París, Bernard Sesböüé ofreció una lectura complexiva del misterio de la redención y la salvación en Jesucristo, que se recapitula en la categoría, particularmente elocuente hoy, de reconciliación. En ella convergen dos líneas de acción: la mediación descendente, que incluye la revelación, la redención y liberación, la divinización y justificación, y es toda ella gratuidad divina; y la mediación ascendente: el sacrificio, la expiación, la propiciación, la satisfacción y la solidaridad. La reconciliación, concluyó B. Sesböüé, es el nuevo modo de hablar hoy de la redención.

El penúltimo día se reservó a la antropología. Juan Luis Ruiz de la Peña prefirió invertir la cuestión y preguntarse no tanto qué luz vierte la antropología sobre la persona de Cristo, sino qué revela Cristo del hombre mismo ya que, según la antropología cristiana, la cabal medida de lo humano es dada, no por una definición abstracta, sino por una realidad concreta y viviente: el hombre Jesús de Na-

zaret, que es la explicación consumada de la pregunta qué es el hombre para sí mismo. A partir de Jesús se fijan los mínimos antropológicos de una visión cristiana del hombre: que es uno en cuerpo y alma, que es persona y libertad responsable. De particular interés fue la apología que hizo el conferenciante de la ontología como elemento imprescindible para poder hablar del hombre con profundidad y precisión.

De *Jesucristo y su Iglesia* habló Olegario González de Cardedal, catedrático de cristología en la Universidad Pontificia de Salamanca y director del curso *Jesucristo, hoy*. La conciencia contemporánea se resiente todavía de cierta división y fractura heredada del racionalismo: se reduce el cristianismo a moralidad y se prescinde de Cristo, se separa indebidamente a Cristo de su Iglesia, se contraponen el Evangelio con la Iglesia. Al final de esta evolución el individuo ha quedado como absoluto y a la vez sediento de ser acogido en una comunidad, pero sin capacidad para entrar en ella. Confluyen por eso en él la soledad histórica, la necesidad y la alegría. Es necesario, pues, recuperar la unidad. El cristianismo es tan inseparable de Cristo, persona histórica, como el Evangelio lo es de la Iglesia, y ésta, del Verbo Encarnado. Y la Iglesia implica una concreción histórica, que incluye, por consiguiente, una autoridad. Acto seguido, González de Cardedal analizó sumariamente con hechos históricos el origen de la Iglesia. Origen que *no es inicio de cronología, sino estructura de entraña*, continuidad de pasado y novedad perenne y presente. Por ello, la santidad de la Iglesia depende del Jesús que habló, del Señor glorificado por el Espíritu y de la comunidad que celebra la Eucaristía.

Otra palabra clara y precisa sobre el papel de la fe y de la Iglesia en el tema sobre Jesús vino de la conferencia de Pedro Rodríguez, de la Universidad de Navarra. Tomó como cimiento de su discurso el texto evangélico de la confesión de Pedro en Cesarea. De ahí extractó las actitudes receptoras, de acogida en la fe y de rechazo, que se han presentado a lo largo de la historia. La condición cultural del sujeto, sin duda alguna, es elemento favorecedor u obstaculizador de esta acogida de Cristo en la fe.

Este factor cultural, unido a la "insondable riqueza" de Cristo, produce en el seno de la Iglesia la pluralidad y diversidad de imágenes de Jesús y de "actitudes de fe", válidas siempre y cuando no quede comprometida la fe comunitaria de la Iglesia. De diversa índole es, en cambio, la "pluralidad" que surgió del "Iluminismo", que se propone separar a Cristo de su Iglesia y que engendra los reduccionismos cristológicos, que van desde el Jesús que resulta simpá-

tico al hombre, hasta el ideal humano excepcional; pero son siempre imágenes de Cristo que llevan a la espalda una ideología de signo diverso.

La conferencia de Xavier Tilliette, técnica e interesante, consistió en la explicación del proyecto que ha llenado ya largos años de estudio de este profesor de la Gregoriana: la elaboración de una cristología filosófica. Cristo, el *Summus Philosophus*, de Spinoza; el arquetipo moral o el hombre agradable a Dios, de Kant; el "último de los dioses griegos de rostro humano", de Schelling; el virtuoso melancólico, de Scheleiermacher; el Jesús socialista, de Leroux; el Rebelde por amor, de Bloch; el Universal estigmatizado, de Blondel, y el Supermístico, de Bergson, atestiguan la intimidación e importancia de Cristo en la atención filosófica. El filósofo no puede prescindir de Cristo, como tampoco la filosofía, en razón de su propio objeto. Cristo se sitúa como punto de confluencia y encrucijada de la antropología, la historia, la religión y la moral. No obstante lo interesante del proyecto cabe preguntarse si estas imágenes de Cristo no vienen a ser, a fin de cuentas, un reduccionismo y una reencarnación de la gnosis.

Dos mesas redondas completaron en este curso cristológico la visión actual que se tiene de Jesús. La primera se centró en la Sábana Santa, que representa una de las formas históricas con que vive la conciencia contemporánea la historicidad de Jesús. Y la segunda, de carácter estrictamente científico, sobre la significación de los manuscritos de Qumram para el conocimiento de Jesucristo. La mesa redonda sobre la Sábana Santa trazó el cuadro general de los estudios llevados a cabo, de las objeciones y factores inexplicables que esperan todavía respuesta plena y de la necesaria distinción entre fe y ciencia, ya que la resurrección de Cristo sólo la podrá confesar la fe.

La mesa redonda a propósito de los manuscritos del Mar Muerto, reunió a los mejores especialistas del mundo procedentes de la Universidad de Gröningen (Holanda), París (Francia) y Göttingen (Alemania). En la primera parte se destruyó el supuesto mito de "la conspiración del silencio" entre la Santa Sede y los rabinos de Jerusalén. Esta coartada sostiene que entre los manuscritos se hallan numerosos textos cuya publicación supondría grave peligro para el judaísmo y el cristianismo, por lo que aún no se habían dado a la luz pública los manuscritos. Más bien, el Prof. García, director del centro de la universidad de Gröningen para los manuscritos del Mar Muerto, demostró que esa conjura del silencio no existía, sino que los textos requerían aún muchos años de investigación y estudio para no publicarse saturados de errores y tergiversaciones, como ya suce-

dió con algún intento precedente. La segunda parte mostró cómo la gran aportación de dichos documentos, consiste en habernos dado el verdadero trasfondo judío en que se inserta la figura de Cristo y a partir del cual se desarrolla tanto su mensaje como el cristianismo primitivo.

Para la lección de clausura del curso *Jesucristo, hoy* se invitó al cardenal Joseph Ratzinger. El cardenal Ratzinger — que acudió en calidad de teólogo —, recalcó que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. El Cristo de hoy sólo puede ser unido al del pasado y proyectado al del futuro. Alcanzar a Jesús es abarcar todo este arco. El Jesús de hoy tiene que verificarse en el ayer, en las fuentes. El Cristo de ayer, sin embargo, no puede reducirse a la historia, sino que debe captar que el hoy de Jesús es la trascendencia y la eternidad. A Jesucristo hay que mirarlo abierto a la eternidad porque El viene de la eternidad. El unió la eternidad y el tiempo. Siguiendo la afirmación bíblica de Jesús *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*, el Cardenal Ratzinger comentó: como Camino, nos indica el “éxodo” hacia la verdadera liberación; Verdad, porque El enseña que libertad y verdad se identifican; como Vida, Cristo emerge en medio de esa cultura de muerte que ha engendrado nuestro deseo exacerbado de vida; y se afirma como el sentido más profundo de la existencia, que es el de dar la vida dándose a los demás.

Jesucristo no se agota. No es tema de estudio, sino persona con quien el hombre ha de encontrarse. El teólogo osará asomarse al misterio, a la personalidad y a la obra del Hijo de Dios hecho hombre; pero nunca podrá pretender la última palabra sobre El. El curso *Jesucristo, hoy* se colocó en esta línea.